

Reseñas

GUERRERO JAVIER: "Los años del olvido. Boyacá y los orígenes de la violencia". Tercer Mundo Editores e Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia, Santafé de Bogotá, 1991.

La investigación histórica sobre el período de la violencia se refresca y se vigoriza con el trabajo de Javier Guerrero. Cuando era presumible la cancelación de esta temática, en gran parte por el desplazamiento temporal de los analistas hacia el estudio de los conflictos de los últimos treinta años, Guerrero, haciendo eco al señalamiento de vacíos formulados por Gonzalo Sánchez, se propuso rescatar como objeto de estudio el período de incubación y de preparación emocional de la violencia de mediados del siglo XX, tomando como punto de referencia la región de Boyacá.

Aunque las tensiones y roces políticos de los años treinta eran considerados de manera evidente como factores precedentes de la

violencia, los estudiosos del asunto poco o nada habían dedicado a explorar en detalle la relación estrecha entre ambos momentos. El título del libro es perfectamente ajustado a lo sucedido, "los años del olvido", ahí está pues, una virtud de este trabajo.

En "letra menuda", Guerrero, apoyándose en información recabada en fuentes primarias nos lleva de la mano por una región en la que los enfrentamientos interpartidistas en los años treinta fueron cotidianos, sistemáticos y alarmantes, hasta el punto que pusieron en peligro, con ayuda de los enfrentamientos en los Santanderes, el esquema de gobierno de la "concentración nacional" de Olaya Herrera.

En cuatro apartados o sesiones el lector se encuentra con una rigurosa y apropiada presentación de la información referida al contexto regional del Estado, los partidos, la iglesia, las características de las campañas electorales, el contenido de los discursos, las prácticas y hábitos de la confrontación, la aplicación o asimilación de orien-

taciones y directrices de lucha de las élites partidistas y la aparición temprana de enfrentamientos armados locales mientras en el ámbito nacional, la situación discurría aún en el terreno de la violencia discursiva o simbólica.

El tratamiento metodológico se sale de las presunciones de ubicar los problemas en la rígida lógica causa-efecto para colocarse en la más enriquecedora de mostrar las articulaciones complejas de enfrentamientos y creencias políticas de larga tradición con las situaciones conflictivas que afloraron a raíz de la caída de la hegemonía conservadora y los inicios de la liberal.

Una de las hipótesis que anima el texto de Guerrero, según la cual el conflicto regional en Boyacá se transformó en "fenómeno nacional", es decir, que la cuestión habría tenido una evolución perifera-centro, no es suficientemente demostrada. Si bien, los sucesos dramáticos ocurridos en Boyacá y los Santanderes durante el gobierno de Olaya tuvieron expresiones armadas y violentas, no puede por ello ingerirse la idea de que allí estuvo el epicentro de la guerra nacional subsiguiente. Desde el punto de vista de los argumentos y motivos esgrimidos por liberales y conservadores, alimento esencial de los choques físicos, es indudable que ellos eran elaborados y defendidos principalmente de arriba hacia abajo y del centro a la periferia. Fueron las élites partidistas y la jerarquía eclesiástica a través de diversos medios como la pren-

sa, el púlpito y el congreso, quienes definieron el perfil y los contenidos del resurgimiento de rivalidades y sentimientos sectarios que permanecían en la memoria nacional desde el siglo XIX. En este sentido, es procedente constatar desarrollos desiguales de la pugna interpartidista. En efecto, en los años subsiguientes a 1931-33, los choques en Boyacá y los Santanderes fueron relegados a un plano secundario, mientras los grandes debates sobre la reforma constitucional coparon el escenario político. Por más de una década, como se ilustra en el texto, la virulencia discursiva, el tono acre del discurso político, es decir, la violencia simbólica, se desplegó de manera sistemática exacerbando las pasiones y los sentimientos sectarios de la población. Así, la violencia sería el punto de llegada de un largo proceso de maduración de las condiciones psicológicas de los seguidores de los dos partidos y la expresión físico-material de opuestas cosmovisiones de la sociedad, la política, el poder y la religión, defendidas por los dos partidos tradicionales.

Lo de Boyacá y los Santanderes, de esa manera, es manifestación armada local de un conflicto nacional caracterizado en los treinta y primera mitad de los cuarenta por la violencia en el plano discursivo.

Otro de los aportes de Guerrero al estudio del fenómeno, tiene que ver con la reivindicación de la producción simbólica de los partidos como elementos de gran im-

portancia, como factor real que merece ser indagado, si se quiere alcanzar una comprensión más profunda y cabal de los problemas del período. El tratamiento de lo simbólico como parte integral de la realidad social responde a una inquietud formulada hace ya algunos años y en cierta forma desarrollada por Gonzalo Sánchez y Carlos Miguel Ortiz. En este caso, se muestra el papel crucial de la elaboración discursiva en la definición del imaginario político de los partidos que finalmente vendrían a servir de soporte de legitimación a la ulterior contienda armada.

Una anotación que sorprende es la que hace Guerrero cuando se pregunta: "¿qué condiciones permitieron que en Colombia se agudizaran las contradicciones sociales hasta el punto que cualquier colombiano podría morir por el simple y escueto hecho de ser liberal o conservador?", (P. 44), lo cual conduce a una contradicción en los términos, porque ¿qué es lo que se puede tomar como baladí y como trascendente en una pugna mortal? lo que uno juzga como investigador desde el presente —pecado de anacronismo— ¿o lo que los protagonistas asimilan en su contexto como algo fundamental y decisivo en su existencia? Quizá la cuestión haya que formularla en otra dirección, ¿qué fibras y sentimientos profundos, qué sistemas de creencias y de valores políticos fueron estimulados y recreados en aquel período? Pues lo cierto del caso es que las lealtades partidistas eran de una gran

significación en la identidad de cada colombiano, y esto es posible consultarlo y esclarecerlo si nos adentramos en el estudio de las mentalidades e imaginarios colectivos, para entender por qué y cómo tales sentimientos y pasiones se convirtieron en una cuestión vital, en un dilema fundamental.

La convicción conservadora de estar salvando la patria del peligro comunista y ateo, así como la liberal de estar luchando contra el totalitarismo falangista, no es un hecho simple y escueto, todo lo contrario. Dos visiones de la sociedad, de la patria, de la religión estaban enfrentadas y por eso se hizo imposible la convivencia y la tolerancia, la cuestión consistía en eliminar y apabullar al rival, al enemigo.

Afortunadamente el historiador no vuelve a insistir en la idea de que durante la violencia no estaba en juego "ningún proyecto político" (p. 30) y por ello el texto no es afectado, incluso en otras páginas ilustra con claridad la fuerza mágica del discurso político, como cuando trae a cuento una declaración de Augusto Ramírez Moreno en 1936 con motivo de los debates en torno a la reforma constitucional: "el Estado le ha declarado la guerra civil a todos los colombianos ya que a través de una reforma constitucional se va a atentar y lesionar los intereses de todos los colombianos en cuanto a su fe cristiana, la familia y la propiedad privada..." (p. 241) que es

bien reveladora del programa de combate del conservatismo, que es repetida sin cesar, traducida en imágenes, consignas, símbolos, titulares de prensa, etc., en los años siguientes.

Como bien lo dice Guerrero, "no era necesaria ninguna prueba, ninguna muestra de veracidad. Era la elevación del rumor de la calle o la máxima expresión del discurso político. Así, el lenguaje se convertía en un juego mágico entre las palabras y las cosas" (p. 243), "las palabras no se las llevaba el viento... eran como semillas que se alojaron principalmente en el alma campesina y que paulatinamente irían floreciendo" (p. 256). Sin decirlo, el autor se encuadra con las nociones y supuestos de quienes como García Pelayo, Moscovici y Labourdette consideran que el lenguaje, las pasiones, las imágenes y los sentimientos juegan un papel importantísimo en las luchas políticas.

Finalmente, y más en el ánimo de estimular el debate, cabe preguntarse ¿si no sería pertinente afrontar más críticamente la idea de la violencia de los cincuenta como continuidad de las guerras civiles del siglo XIX? Las relaciones

de continuidad entre estos eventos armados han llevado a algunos estudiosos a pensar que la violencia de mediados del siglo XX es expresión de las guerras civiles inconclusas del siglo XIX. Sin embargo, esta afirmación carece de sustentación empírica. Si nos atrevemos a indagar en profundidad sobre el devenir de nuestra cultura política, creo que es más riguroso referirse al imaginario político y a los comportamientos colectivos para hablar con propiedad de las permanencias, porque la guerra, aún como evento de la cultura política, no deja de ser un mecanismo de salida o de resolución de los conflictos que se plantean en aquellas esferas y no es observable siempre, en tanto que las conductas hegemónicas, el espíritu excluyente en el ejercicio cotidiano de búsqueda del poder y la visión del otro como enemigo con el cual no se puede convivir, son detectables en la escena política, incluso en momentos de entendimiento y concordia cuando tales actitudes permanecen soterradas.

Darío Acevedo Carmona

Profesor de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, sede de Medellín.